

den de entrar en Zutphen y tomar el mando de la plaza como su gobernador, y el segundo de situarse en Burcheló, punto importante de sus inmediaciones, donde debía fortificarse mientras llegase el cuerpo del ejército. Para dar mayor impulso á las operaciones y asegurar la comunicacion con la plaza sitiada, se adelantó el mismo Alejandro con quinientos hombres y un convoy considerable al frente del cual entró en Zutphen sin encontrar ningun obstáculo.

Penetrado de la importancia de esta plaza, se inclinó el duque á quedarse en ella de gobernador mientras durasen las operaciones del sitio. Mas le hicieron ver sus principales capitanes lo indecoroso que seria para su persona, y el cargo de que estaba revestido, quedar encerrado en una plaza por tropas extranjeras; y que toda la importancia de la plaza de Zutphen, era nada en comparacion con los perjuicios de estar privado de su inmediata comunicacion, todo el pais que se hallaba bajo su mando. Se mostró dócil el duque de Parma, y salió inmediatamente de Zutphen á reunirse con sus tropas, dejando con el cargo de gobernador á Verdugo que merecia toda su confianza.

Lo que mas urgia era enviar nuevo convoy de víveres á Zutphen, pues los introducidos por el mismo Alejandro, no podian satisfacer las necesidades de la plaza. Se preparó, pues, un gran convoy y se dió al marqués del Vasto el cargo de escoltarlo con un cuerpo de tres mil hombres. Habiendo caido en manos del general inglés el aviso que se daba á Verdugo de la salida del convoy, envió Leicester un cuerpo considerable mandado por Roberto Devereux, quien con el título de conde de Essex, se hizo tan famoso en la historia y en la fábula.

Llegó el marqués del Vasto sin novedad con su convoy al puebló de Varunsfeld, á legua y media de la plaza. Aquí mandó hacer alto para dar á sus tropas algun momento de descanso. Sin tener noticia alguna de los

movimientos de los enemigos, se vió acometido de repente por el cuerpo inglés que habia permanecido en emboscada. Se trabó entre los dos una pelea muy reñida y muy sangrienta en que los españoles atentos á la conservacion de su convoy y á pelear al mismo tiempo, se vieron muy comprometidos desde que se dió principio á la refriega. Por las dos partes se combatió con obstinacion y gran valor, pues se median muy de cerca. Al fin pudieron desembarazarse los españoles de su convoy, que mientras hacian cara á los enemigos, hicieron mover con mucha rapidez hácia Zutphen, donde entró felizmente protegido por salidas que se hicieron de orden de Verdugo. Los ingleses viendo frustrado su proyecto se retiraron, y lo mismo hicieron los españoles volviéndose á su campo. Quedaron en la accion de una y otra parte muchos heridos y no pocos muertos. Se contó entre estos últimos á Sir Felipe Sidney, de quien hemos ya hablado, herido mortalmente de un lanzazo. Sobre las particularidades de la muerte de este famoso personaje se refieren anécdotas, todas en realce de su fama y mérito. Aunque sin ningun cargo importante en el ejército, fué sentida mucho su muerte en el pais donde se celebraban tanto sus virtudes, su instruccion y su talento.

Con la introduccion en Zutphen del convoy y el refuerzo de guarnicion, estaba la plaza por un tiempo sin peligro de caer en manos de Leicester. Aprovechó este respiro el duque de Parma, para salir en busca de dos mil reitres alemanes, que aguardaban los ingleses. Llevó consigo para ello un cuerpo de mil y quinientos hombres de caballería, pues era su objeto menos pelear con ellos que el atraérselos á su partido, y esto no porque necesitase dicho refuerzo, si no por quitársele á sus enemigos.

El resultado satisfizo en parte sus deseos, pues los alemanes por sus persuasiones, se volvieron á sus casas, con la promesa de llamarlos cuando fuesen necesarios, y ademas una suma no poco considerable que les hizo

entregar el general español por premio de su deferencia,

Mientras tanto se apoderó el conde de Leicester de una isleta llamada Velau, situada en el Issel en frente de Zutphen, guarnecida con un castillo, abandonada por su gobernador que hizo poca resistencia. A pesar de esta ventaja, no cometió mas actos de hostilidad el inglés contra la plaza, sea que los creyese infructuosos hallándose esta bien guarnicionada y bien provista, sea que le impusiesen las tropas de Alejandro, situadas ventajosamente en las inmediaciones. Por otra parte, el invierno que estaba ya encima, paralizó aquel sitio y puso fin á la campaña por entrambas partes. El conde de Leicester se retiró á la Haya donde celebraban su asamblea los Estados, y el duque de Parma tomó el camino de Bruselas.

Sea que Alejandro estuviese cansado de la guerra, ó que desease verdaderamente trasladarse á Parma para tomar posesion de sus Estados, pidió al rey la licencia de dejar su mando y de marchar á su pais, alegando lo apurado de las circunstancias en que se hallaba su familia, privada tambien desde algunos años antes de su madre. Mas Felipe II con tan fuertes motivos para no deshacerse de un hábil gobernador de Flandes, de tan entendido capitán, respondió al de Parma con una absoluta negativa. Le hizo ver lo imposible de su ausencia en aquella situacion, cuando tanto importaba que su valor y capacidad coronasen una obra con tanta gloria del príncipe empezada. Que en cuanto á los apuros domésticos de que se quejaba tomaba por su cuenta acudir con remedios prontos y eficaces, que disipasen todos sus cuidados.

Si el rey de España se hallaba, ó mostraba hallarse, tan satisfecho de la conducta del duque Parma, no sucedia lo mismo á los confederados con respecto al conde de Leicester. Desde el principio de su administracion, se mostró duro y altanero manifestando tener en poco los consejos, afectando una absoluta independencia de los Estados, como si no hubiese otro soberano en el pais que la reina de Inglaterra. Con nadie contaba para sus ope-

raciones: conferia de su propia autoridad los principales cargos del pais, y de los caudales que se ponian á su disposicion hacia el uso que le parecia mas conveniente sin dar cuentas. Excitó esta conducta descontento sumo en los magnates y personas mas considerables, aunque por el respeto que les inspiraba la reina Isabel, no se atrevian á pronunciarse abiertamente contra su valido. Se le acusaba hasta de culpable negligencia y dañada intencion en su gobierno, de haber consagrado á otros usos el dinero con que se debian alistar los reitres alemanes, de no echar mano mas que de ingleses para cargos importantes; de confiar el gobierno de algunas plazas á hombres sospechosos que habian ya militado á las órdenes del rey de España. Por su parte, se mostraba quejoso el conde de Leicester de que los Estados no demostraban deferencia á su suprema autoridad ni agradecimiento á los favores de su reina; de que mientras tantos sacrificios hacia ésta por librarlos del yugo de sus opresores, andaban ellos en ocultos tratos solicitando volver á la gracia de su antiguo dueño. Y no carecia para esto de razones el general inglés, pues en medio de los conflictos de una guerra tan porfiada, jamás habian faltado, aunque sin buena fé por una parte y otra, negociaciones de pacificacion tan pronto rotas como principiadas.

Sabedora Isabel de estas disensiones, llamó al conde á Inglaterra para enterarse mejor de sus motivos. Anunció Leicester su partida á los Estados, y aunque mostró intenciones de que le sustituyese otro de su misma nacion en el cargo de supremo gobernante, se resistieron á ello abiertamente. Se presentaban naturalmente como candidatos para esta dignidad entre otros, el conde de Holac y el príncipe Mauricio. Mas los Estados, restableciendo el uso antiguo de quedar el senado de gobernador por ausencia ó muerte del propietario, le invistieron de este poder, determinando que usase en sus órdenes y determinaciones superiores el nombre y el sello del conde de Leicester.

Así terminó sin mas novedades el año 1586, permaneciendo en Bruselas el duque, preparándose para la próxima campaña. Se abrió esta para él bajo auspicios muy felices. Se apoderó sin resistencia de las plazas de Woue y de Deventer muy cercanas á la de Zutphen. También cayó en sus manos el castillo de Velau sobre la isleta de este nombre que servia como de obra exterior á dicha plaza y de que se habia apoderado el general inglés, cuando trataba de sitiarla.

La circunstancia de ser gobernador de Deventer un general inglés llamado Stanley y de mandar el castillo de Velau otro inglés con el nombre de Rolando York, confirmó las sospechas y renovó las acusaciones que se hacian á Leicester de confiar las plazas á personas desleales. Los dos gobernadores habian servido antes á las órdenes de España; los dos alegaban como excusa de su debilidad ó su traicion el deber de entregar las plazas á su antiguo dueño. El primero, que era católico, fué remunerado por Felipe II por este gran servicio, mas no tocó al segundo ninguna recompensa sin duda por no ser objeto de tanta confianza para el rey de España.

Escribieron los Estados diversas cartas á la reina de Inglaterra, quejándose de nuevo de su lugar-teniente. Conservándose éste en el favor de Isabel, no le fué difícil deshacer los cargos acriminando á sus acusadores. Sin embargo, la reina siempre cautelosa ó tal vez para acreditarse de imparcial y justa, envió á los Países-Bajos á Tomás Sackville, lord Burckhuss, para tomar informaciones y oír á los quejosos. No tardó éste mucho tiempo en penetrarse del justo motivo de las acusaciones y de los pocos servicios que habia hecho el conde Leicester á los intereses y buen nombre de la reina. Así se lo comunicó con franqueza y lealtad, mas no se hallaba dispuesta esta princesa á castigar á quien estaba con ella tan en gracia. Trabajó sí por calmar las animosidades y restituir la concordia entre su general y los Estados; tan penetrada estaba de la necesidad de continuar sus auxi-

lios á los Países-Bajos. No le fué difícil allanar este terreno é inspirar en los Estados el deseo de la vuelta de su favorito, por la necesidad en que se hallaban de socorros extranjeros. Se decidió, pues, la vuelta del conde de Leicester á los Países-Bajos, é inmediatamente se hizo á la vela con refuerzo de buques, de gente y de dinero.

Mientras tanto proseguia el duque el curso de sus operaciones. Dueño ya de todas las plazas fuertes del Bravante solo le restaba en la provincia de Flandes la expugnacion de las de Ostende y de la Esclusa. Decidido á comenzar por esta última, hizo un amago sobre la de Berg-op-zoon para llamar la atencion del príncipe de Orange. Pero mientras volaba en su socorro torció el duque la direccion y marchó apresuradamente camino hácia la Esclusa en cuya intermediacion sentó sus reales.

Es la Esclusa una plaza que merece el nombre de marítima, pues la une con el mar un ancho canal, por donde llegan á sus muros todo género de embarcaciones. Se subdivide este canal desde la plaza hácia la parte de Oriente en otros varios que se comunican entre sí por medio de ramales, dejando á la ciudad inaccesible por aquel paraje. El único terreno por donde puede un sitiador aproximarse se halla en la direccion de Brujas, y aun es sumamente estrecho y tan blando y fangoso, que es muy difícil formar en él trincheras, ni otras obras sólidas de sitio. Entre la ciudad y el mar se halla la isleta de Cadsan, que sirve á la plaza de obra exterior por aquella parte. A la derecha y á muy poca distancia se halla el puerto de Flesinga, capital de la isla de Valkren de donde podia recibir socorros por agua, mientras le llegaban por tierra de la plaza de Ostende, que se halla á la izquierda. Para asegurar las comunicaciones entre Ostende y la Esclusa, habian construido los confederados el castillo de Blackemberg, donde habian puesto guarnicion que podia dar auxilios á cualquiera de las dos plazas en caso de verse amenazadas.

Convencido el duque de lo indispensable que era para

la toma de la Esclusa, el privarla de sus comunicaciones con el mar, adoptó el mismo sistema que habia seguido en la expugnacion de Amberes. Se apoderó con este objeto de la isleta de Cadsan, fortificándola de nuevo para hacer frente á los buques que viniesen de Flesinga. Hizo inútiles cuantas tentativas empeñaron estos para introducir socorros en la Esclusa; y para interceptar completamente la comunicacion, echó sobre el canal dos puentes partiendo de la isleta, en todo parecidos al que habia construido en el Escalda. Con esto, y con haberse apoderado del castillo fuerte de Blackemberg, cortó enteramente las comunicaciones de la Esclusa, dejándola reducida á sus recursos propios.

Se componia la guarnicion de mil seiscientos hombres mandados por el coronel Groembert, jefe valiente y de experiencia. Con tan pocas fuerzas á su disposicion, no le fué posible impedir las operaciones preliminares de Alejandro, y como ni el príncipe Mauricio ni los de los demas generales de su parcialidad tuvieron noticia del proyecto del duque de sitiarse la Esclusa, terminó sus operaciones sin que ninguno por parte de tierra le inquietase.

Apoderado de Cadsan, abrió éste sus trincheras por el lado accesible de la plaza. Y aunque avanzaban poco los trabajos se procedió á la expugnacion de un fuerte exterior que el gobernador habia mandado construir de la otra parte de los fosos. Hizo el fuerte alguna resistencia, de modo que entretuvo por algunos dias á los sitiadores. Mas temeroso el gobernador de que con su expugnacion á viva fuerza perderia la gente que le guarnecia, y creyendo que no era indispensable para la ulterior defensa de la plaza, dispuso que la evacuase en el silencio y tinieblas de la noche. Dueños los españoles de este punto fuerte, se sirvieron de él para dirigir sus tiros al cuerpo de la plaza.

Mientras tanto desembarcaba en Flesinga el conde de Leicester con los refuerzos que habia traído de Ingla-

terra. Ascendia á siete mil el número de sus soldados bien provistos de todas las cosas necesarias. Fué su primer designio socorrer la Esclusa por mar, mas no pudieron los navíos forzar los dos pasos que se hallan entre la isla de Cadsan y las dos orillas del canal, por el que comunica con el mar la plaza. Repelido por todas partes el general inglés, se dirigió á Ostende para dar la mano por parte de tierra á los sitiados. Mas no se atrevió á expugnar el fuerte de Blackemberg, por donde tenia que pasar, estando situado entre las dos plazas como ya hemos dicho.

Así se vió la Esclusa destituida de socorros, á pesar de hallarse tan cercanas las tropas auxiliares. Comenzaba á estar en apuros la guarnicion, y las municiones iban escaseando lo mismo que los viveres. Avisó secretamente el gobernador al conde de Leicester la situacion en que se hallaba, manifestándole que á no recibir socorros pronto, se veria en la necesidad de entrar en convenios con los sitiadores. Fué esta carta interceptada y cayó en manos de Alejandro, que continuaba estrechando la plaza para llegar pronto al momento del asalto. No aguardaron este lance sério los sitiados. Acogió el duque con benignidad á los comisionados que le envió el gobernador con proposiciones de entregar la plaza, solicitando por sola condicion el que se permitiese salir con todos los honores de guerra á las tropas que mandaba. Así se verificó en efecto, y el duque de Parma añadió la Esclusa al número de sus conquistas.

Mientras tanto habia hecho Mauricio una incursion en el Brabante, dirigiéndose á las plazas de Bois-le-Duc y Engen. Cuando trataba seriamente en poner sitio á la primera, tuvo que acudir á Flesinga para recibir al duque de Leicester. No adquirió éste, como se vé, mas gloria sobre la plaza de la Esclusa que sobre la de Zutphen. Con este motivo se renovaron los descontentos, las acriminaciones de una y otra parte. Iban demasiado mal los negocios para que los Estados no

se condujesen y expresasen con aquella acrimonia que sigue siempre á todo descalabro. Les habia hecho ver demasiado la experiencia, que ningun paso habian dado en el sentido de su emancipacion con la venida de aquellos extranjeros, y que el conde de Leicester no habia probado de mejor condicion que el duque de Anjou y el archiduque austriaco. Con esto se encendió mas la discordia, y hubo divisiones entre los mismos naturales del pais, inclinándose los mas á la causa de los Estados, mas sin carecer de parcialidad y de valedores el conde de Leicester. No faltaban fraguadores de tramas suversivas en favor del general inglés, y hubiese caído en sus manos la plaza de Leyden á no descubrirse la traicion por medio de la que se pensaba renovar en ella lo acaecido pocos años antes en Amberes cuando habia tratado el duque de Anjou de apoderarse de ella á viva fuerza. No fué esta la ciudad de los Países-Bajos la sola donde se hicieron semejantes tentativas, pues al duque de Leicester no le faltaban poderosos partidarios, aunque la generalidad, y sobre todo los magnates del pais, se le mostraban tan contrarios. Se hallaban á la cabeza de éstos el principe de Orange, los demas individuos de la familia de Nassau, y los generales flamencos que mas fama habian adquirido en aquellas contiendas tan reñidas. Fáciles son de concebir las animosidades, las desconfianzas que en tales casos se introducen entre las gentes del pais y auxiliares extranjeros, sobre todo cuando éstos abusan de los favores que dispensan, y el jefe que se halla á la cabeza no sabe mitigar á favor de servicios eminentes el disgusto que causan sus maneras arrogantes y las pretensiones de dar enteramente la ley donde solo viene á dar auxilios. No era, pues, culpa de los Estados el que tuviesen que poner la persona del conde de Leicester casi al nivel de la del duque de Anjou y de su antecesor el archiduque austriaco. Ni tino, ni habilidad, ni genio militar, ni don de mando habia sabido desplegar el general inglés, á quien no asistian mas títulos ni derechos

que el favor de una reina á quien ofuscaba la pasion, para no conocer el poco mérito de su cortesano. Sin embargo, recibió sin notable disgusto las quejas que por todas partes la llegaban, tanto de las autoridades del pais, como de las personas que ejercian mas influencia. Atormentada por otra parte con las acusaciones que el mismo conde hacia de sus enemigos, tuvo por conveniente llamarle por segunda vez á Inglaterra. Partió, pues, Leicester de los Países-Bajos, y se restituyó con poca gloria á su pais, donde tardó pocos años en llegar el instante de su fallecimiento. No acompañaron al general inglés todas sus tropas, siendo de notar que Isabel, á pesar de esta especie de ruptura, conservó todas las apariencias de amistad hacia los Países-Bajos, y no dejó despues de socorrerlos con tropas y dinero.

Con la salida del conde de Leicester de Flandes calmaron mucho las agitaciones que turbaban el pais, y el principe Mauricio recobró del todo el ascendiente que verdaderamente merecia por su habilidad, tanto en campaña como en los asuntos de administracion y de política. Fué en todo digno sucesor de su padre, y supo obrar de modo que se echaba poco de menos al hombre distinguido que se podia considerar como el principal autor de la independenciam de su patria. Florecian las provincias del Norte sujetas á su principal administracion, por su industria, por el desarrollo de la navegacion, que hicieron muy pronto este pais una de las principales potencias maritimas de Europa. Era general en él este espíritu de libertad, resorte de tantas cosas grandes, y la resolucion de no volver nunca á sufrir el yugo de un principe extranjero. En las del Mediodia, sujetas con pocas excepciones á la obediencia de este rey, fermentaba todavía el descontento. La lucha de las dos religiones producía efectos mas visibles; y como por otra parte habian sido por mas tiempo teatro de una guerra activa, sufrían todas las calamidades que son inevitable resultado de estos choques tan violentos.

Fueron muy pocas las operaciones militares durante todo el curso de 1587. Mientras el duque de Parma se hallaba sobre la plaza de la Esclusa, se entregó la de Güeldres á los españoles sin ninguna resistencia. Los confederados sitiaron y tomaron despues de una larga defensa y una batalla en sus inmediaciones la plaza de Engel; mas no fueron igualmente dichosos con la de Bois-le-Duc, que se resistió, obligándolos á levantar el sitio.

Uno de los grandes inconvenientes que ofreció esta larga contienda en los Países-Bajos, fué que ninguno de los dos partidos tuvo fuerzas suficientes para dominar completamente un país que, á pesar de su corta superficie, se halla atravesado por tantos ríos, cortado con tantos canales y erizado con tantas fortalezas. Fueron cortas las del duque de Alba, y del mismo defecto adolecieron las de Requesens y don Juan de Austria. Mas numerosas eran las que mandaba el duque de Parma, pero nunca le bastaron para tantas atenciones. Engrosado con tantas conquistas y en posesion de una fama tan esclarecida, se hallaba ahora con todos los medios suficientes de aumentar considerablemente sus filas con los infinitos que buscaban su fortuna en las batallas, y tenían á honor el servir bajo un caudillo de tanta nombradía. A este objeto, pues, se consagraban todos los cuidados de Alejandro durante su residencia en Bruselas, adonde se trasladó despues de la toma de la Esclusa. Pero su ejército, que tanto se aumentaba, no tenía entonces por objeto la sujecion total de los Países-Bajos. Otra mas importante empresa tenía fijos sobre sí los ojos de la Europa. Había llegado el tiempo de pronunciarse en llama abierta el fuego oculto del odio que Isabel y Felipe II se profesaban mutuamente. Ya la reina de Inglaterra se había declarado enemiga del de España enviando tropas auxiliares á los Países-Bajos. Ya había cometido actos de abierta hostilidad protegiendo á don Antonio de Portugal, enviándole á las islas Terceras

provisto de buques, de tropas y dinero. Otras manifestaciones de la misma clase hacian aventureros marítimos, que bajo sus auspicios y con su bandera, infestaban nuestras posesiones del nuevo mundo. Declaró, pues, la guerra en toda forma Felipe II á la reina Isabel, y las palabras iban á ser acompañadas de los hechos. Mas antes de ocuparnos de ellos, necesitamos hacer otra excursion por Francia é Inglaterra, donde veremos nuevas causas de una contienda, en que para Felipe II se trataba nada menos que de la ruina de su antagonista.

CAPITULO LIX.

Asuntos de Francia.--Siguen los procedimientos de la Santa liga.--Encono contra los calvinistas.--Negociaciones para neutralizar la guerra que amenaza.--Todas infructuosas.--Negociaciones del rey de España, de Catalina de Médicis, de los políticos, de Enrique de Navarra.--Cada vez mas encendido el odio de los de la liga.--Tratado de Nemours.--Ruptura del tratado de pacificacion.--Se pone el rey al frente del partido católico.--Excomulga Sixto V á Enrique de Navarra y al príncipe de Condé.--Protesta en contra del primero.--Guerra.--Batalla de Coutras y victoria por Enrique de Navarra.--Victoria del duque de Guisa sobre los reitres de Alemania.--Nuevas intrigas.--Nuevos odios contra el rey.--Entrada del duque de Guisa en París.--Jornada de las barricadas.--Se retira el rey de París y se dirige á Chartres (1).

1580—1588.

EL último tratado de pacificacion entre el partido católico y calvinista ajustado en Francia, segun hemos hecho ver en el capítulo XLVIII, no podia menos de adolecer de la inestabilidad que distinguia á los otros de la misma clase. Si era imposible la continuacion por mucho tiempo de la guerra por falta de recursos de una y otra parte, era igualmente imposible una paz sincera, y por

(1) Las mismas autoridades que en el capítulo XLVIII.